

Como puede verse, Farrell no ha pretendido hacer un estudio global de la obra, sino que —creemos que acertadamente— ha procedido a la selección de aquellos puntos que pueden resultar más interesantes para el estudioso, dado que por el tipo de edición de que se trata no nos encontramos, como se sabe, ante una obra de divulgación. Por ello la hondura de los análisis llevados a cabo es superior a la que encontramos en la mayoría de los estudios preliminares. Echamos de menos quizá alguna nota acerca de la historia de las mentalidades en relación con el problema semita —que Anthony J. Farrell conoce, por otra parte, a la perfección, y sobre el que ha investigado con mayor profundidad de la que puede verse en esta publicación—.

También superiores a lo habitual en las ediciones al uso con las anotaciones, colocadas al final de la obra, y señalizadas en el texto mediante un asterisco —procedimiento que permite una lectura más cómoda y activa, al evitar las páginas compuestas por uno o dos renglones de texto más una amplia anotación, al tiempo que da mayor libertad al lector al no aportarle «por necesidad» informaciones que ya tiene, interrumpiendo su concentración—.

En cuanto a la fijación textual, los puntos oscuros tras esta edición son mínimos, dado que, ya en las anotaciones, ya en el aparato crítico, Anthony J. Farrell ha contribuido de modo decisivo a esclarecer las dudas que se nos planteaban en la lectura de las ediciones previas de la obra —además, añade algunos versos que faltaban en aquéllas (por lo que no nos parece ocioso advertir que a partir de ahora deberá cuidarse especialmente la numeración de versos que aparezca en los artículos críticos acerca de esta obra escritos con anterioridad, puesto que habrá, lógicamente, discordancias)—; explica y aporta datos definitivos en torno a los problemas que derivan de las alusiones, con frecuencia irónicas, antijudaicas; reproduce un texto verdaderamente irreprochable de la obra...—.

Quedan, empero, algunos puntos oscuros para la interpretación, como el de la «corza» (v. 428), acaso de explicación innecesaria para el receptor del siglo XVII, pero de difícil comprensión para nosotros («I have been unable to ascertain the meaning of this line», reconoce Farrell con su característica honestidad científica, que no le permite pasar por alto el problema). Pueden hacerse, no obstante, objeciones a algunas de las decisiones tomadas en la fijación textual, como las de los versos 483 (por razones métricas sería preferible *Manda*), 1246 (el *sobra* puede ser aceptable, pero se nos antoja que también sería posible un *sabrá*, sin duda lectura mejor, aunque no siga la *lex difficilior*), o 2382 (donde la posible ironía no permite asegurar la necesidad de añadir una negación, aunque el verso resulta decasílabo de este modo); En los versos 2360-2361 consideramos que la puntuación mejoraría sin suponer una oración interrogativa...

Se trata, en fin, de una edición realmente «definitiva» de una obra que, aunque no cuente entre las mejores de Lope, ha merecido a un número muy considerable de estudios, tanto a partir de los problemas de composición y escritura cuanto en lo relativo a la ideología que manifiesta y a su importancia para el estudio, por ende, de la historia de las mentalidades. Desde este punto de vista, Farrell no presenta sino la postura de un autor ante una obra y un problema concreto: a otros investigadores toca integrar dentro del marco general de la «comedia nueva» y de nuestra literatura del Siglo de Oro.

PABLO CARRASCOSA MIGUEL

GARRIDO GALLARDO, M. A. (coord.): *La crisis de la Literariedad*. Madrid. Taurus, 1987.  
 POZUELO YVANCOS, J. M.: *Teoría del lenguaje literario*. Madrid. Cátedra, 1988. *Del Formalismo a la Neorretórica*. Madrid. Taurus, 1988.

El año 1983 se celebraba en Madrid el I.º Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo. En las diversas sesiones de trabajo, ponencias, comunicaciones, propuestas y

conclusiones que allí se presentaron subyacía un planteamiento común: el inmanentismo —herencia fructífera, aunque algo tardía, del Formalismo Ruso— que durante tanto tiempo había presidido numerosos trabajos de reflexión y análisis de obras literarias, estaba siendo progresivamente sustituido por una consideración trascendente.

La selección de ponencias recogidas en esta obra colectiva por Garrido Gallardo —organizador del Congreso y director de la publicación de sus Actas— es fiel reflejo de la situación que acabamos de apuntar. Teóricos y críticos —mantenemos el orden de aparición en el libro— como el propio Garrido Gallardo, Todorov, Mignolo, Martínez Bonati, Lázaro Carreter, Weinrich, Brémond, Reisz de Rivarola, Bettetini y Klinkenberg exponen muy diversas muestras de reflexión y/o análisis no sólo sobre semiótica literaria sino también sobre el signo icónico e incluso sobre propuestas más amplias.

Esa variedad de planteamientos —nota común a la obra— puede justificarse plenamente con la definición de semiótica que Todorov («Sobre el conocimiento semiótico») enuncia en estas páginas. Para Todorov, la Semiótica no es una ciencia más que añadir al conjunto de las denominadas ciencias humanas, sino que supone, sencillamente, una perspectiva distinta de enfoque: «...un punto de vista diferente en el conjunto de dichas ciencias; punto de vista que no pretende invalidar las investigaciones existentes sino, más bien, renovarlas con la aportación a las mismas de un conjunto de problemas no sospechado hasta ahora» (p. 27). La visión semiótica de la literatura implica, por tanto, la participación de otras disciplinas —o dicho de otro modo— una perspectiva trascendente y pragmática del hecho literario. Pero como ya es sabido, la Semiótica —como Teoría General de los Signos— se ocupa también de códigos no verbales. Así, Garrido Gallardo («Jakobson y la semiótica literaria») reconoce que «la preocupación por el signo poético en particular y por el signo estético en general está en la raíz de la apertura del lingüista Jakobson a la semiótica» (p. 11) y añade que «Jakobson concibe la Poética como Semiótica precisamente porque sus recursos no se limitan al arte verbal» (p. 13). Consecuente con esta consideración, Garrido Gallardo ha dado cabida en este volumen a una ponencia de J. M. Klinkenberg titulada «El signo icónico. La Retórica icónica», en la que el teórica belga —integrante del Grupo  $\mu$ —, tras unas reflexiones sobre el signo icónico —triplemente estructurado en significante icónico, tipo y referente— propone que se constituya una Retórica de los mensajes icónicos que —integrada en una Retórica General— estaría subdividida a su vez en otras dos retóricas mutuamente relacionadas: tipológica y transformativa, y promete llevar a cabo una clasificación completa de las «figuras retóricas» que resulten de las operaciones tipológicas y transformativas, cuya nomenclatura le parece poco adecuada porque procede de las tradicionales «figuras lingüísticas».

Volviendo a la especulación teórica acerca del conocimiento semiótico, se recogen las reflexiones de W. D. Mignolo («Semiosis y universo de sentido») y de F. Martínez Bonati («Mensajes y Literatura»), Mignolo, que introduce como factor esencial y previo a la constitución de cualquier enunciado o discurso el componente cognitivo —o universo de sentido— piensa que es éste —y no las estructuras profundas semio-lingüísticas, como indica Greimas— el que determina la inclusión de cualquier signo en una clase o actividad semióticas.

Ya en el ámbito de la Semiótica Literaria, Martínez Bonati cuestiona la conocida caracterización de la literatura como «mensaje» (caracterización quizá simplista y reduccionista en exceso). Tras un detenido examen de las diversas significaciones e implicaciones de «mensaje», termina ofreciendo una dimensión plural y englobadora —en definitiva, más «semiótica»— de la obra literaria: más que un mensaje, toda experiencia literaria resulta ser «un conglomerado o sistema de comunicaciones de diversa clase» (p. 71) y es capaz de comunicar a un tiempo códigos nuevos y códigos viejos —pero reactivados—. Ambos confieren, a la vez, actualidad y perennidad a la obra.

Tres de las ponencias que se integran en esta publicación se refieren a diversos aspectos de narrativa y relato: son las de H. Weinrich («Al principio era la narración»), de C. Brémond («Sobre la noción de motivo en el relato») y de S. Reisz de Rivarola («Voces y conciencias modelizantes en el relato literario-ficcional»). El primero observa en el panorama cultural europeo dos movimientos de índole semiológica — respetamos su semiología — que se cruzan: uno — descendente — de «desnarrativización» o progresiva desvalorización de la narración en determinados textos culturales no literarios (bíblicos y de las ciencias humanas), y otro, ascendente, el de la narrativa literaria: en concreto, la novela. A su vez, junto a estas dos líneas dominantes se sitúan otras dos, secundarias, con recorrido inverso: una marca un mayor grado de «temporalización» o historicidad en las ciencias; la otra «especializa» — mediante la técnica descriptiva — la novela. Ambas líneas — junto con las respectivas secundarias — cumplen, según Weinrich, una importante función: «dominar juntos el gran problema de la memoria cultural moderna, a saber: la abundancia de datos disponibles» (p. 114).

Brémond y Reisz de Rivarola abordan una serie de categorías del relato, discutiendo anteriores planteamientos y sugiriendo posibles soluciones. Brémond centra su atención en la noción de *motivo* como unidad narrativa. Tras revisar las concepciones de Veselovsky y Courtès, por un lado, y las de Propp, por otro, propone que no se considere al *motivo* como una unidad semiótica mínima y, en cambio, se tengan en cuenta no sólo las variantes que presenta sino también las significaciones que éstas han ido adquiriendo. Para determinar ambos aspectos estima de gran unidad metodológica el modelo formal que — siguiendo la analogía señalada por Tesnière entre la estructura de la fase simple y la representación teatral — denomina la *proposición narrativa elemental*, y piensa que tal método se revelaría particularmente operativo en la confección de un *Nuevo índice Semiótico de los Motivos en el Folklore y la Literatura Popular*.

Reisz de Rivarola, partiendo de la propuesta de Genette acerca de la necesidad de distinguir estrictamente las categorías de *voz* y *focalización*, revisa los planteamientos genettianos — aunque reivindicando su valor —, así como las ulteriores correcciones y alternativas que se les presentaron. Todo ello lo explicita en la práctica con textos de Bryce Echenique, Cortázar, J. Donoso, M. Puig, Ribeyro y Vargas Llosa. Para la descripción de tipos literarios ficcionales, y a partir de algunas ideas sugeridas por W. C. Booth, aplica la metáfora de la distancia «a la ubicación del narrador y focalizador extradieгéticos respecto de la actividad discursiva y focalizativa de sujetos intradieгéticos» (p. 143).

Uno de los ámbitos en que las teorías semióticas se muestran especialmente fecundas es el de la representación. En su ponencia «El giro pragmático en las semióticas de la representación», G. Bettetini, entendiendo el concepto «representación» en su acepción más común y ocupándose de problemas de teatro, cine, televisión, *comic*, publicidad..., observa el desplazamiento que se ha producido en los últimos años en el interés de los estudios semióticos sobre tipos de representación: si, tiempo atrás, cuando la semiótica tenía una consideración puramente estática, se ocupó especialmente de los problemas enunciativos, en la actualidad — una vez que ha recurrido a las lógicas temporalizadoras — se encamina hacia una consideración pragmática. En definitiva — resume Bettetini — de una concepción formal, orientada metodológicamente a determinar «las condiciones de *aceptabilidad* de un texto», la semiótica — «semiótica pragmática» —, tal como la denomina el teórico italiano — ha pasado a aplicarse «a la *comunicabilidad* de un texto» (p. 164). Así pues, apunta Bettetini que las representaciones han de ser consideradas en el ámbito de la relación comunicativa y exigen necesariamente la colaboración de un receptor para llevar a cabo su cometido.

Las llamadas al planteamiento de diversos métodos y teorías, la atención hacia determinados elementos del esquema comunicativo (contexto, receptor, etc.) son constantes en las ponencias que integran esta obra colectiva. De entre ellas — y de entre sus reivindicaciones — queremos hacer notar el toque de atención de Lázaro Carreter («El poema lírico como signo»)

sobre la necesaria integración y sobre la revalorización que debe darse a la figura del emisor —del autor— en el marco de los estudios semióticos. «Sin autor —afirma— no hay obra [...]. Devolverle su importancia, no implica restituirla al trono desde el cual gobernó la crítica, sino reconocer el hecho obvio de que el poema recibe su intención significativa del poeta, y de que a éste lo ha movido un designio de comunicación, sin el cual no puede imaginarse cómo se hubiera decidido a escribir» (p. 84).

La diversidad de planteamientos, propuestas y enfoques metodológicos que se desprende de esta publicación colectiva nos lleva, obviamente, a considerar que, tanto la reflexión con puntos de vista diferentes: el «asedio» deberá realizarse, no ya por un solo acceso, sino por distintos flancos y con un instrumental variado. Las propuestas en esta obra son múltiples, aunque no explicitan abiertamente esa «crisis de la literariedad» que le sirve de título. Con todo, partimos del convencimiento de que la pluralidad no rechaza la singularidad, sino que la engloba. Por eso aceptamos el término «crisis» con tal que se interprete correctamente su significado y no se entienda como el acta de defunción de la literalidad. Frente a los que están convencidos de que tal noción resulta y inservible, nosotros juzgamos que sigue siendo válida, siempre que sea resituada y que se tengan también en cuenta los nuevos enfoques pragmáticos. La noción de literatura deberá englobar, necesariamente, la consideración lingüística, inevitable a la hora de interpretar y valorar su dimensión artística y su función semiótica. Pero, además, habrá de integrar otros factores: contextualización, recepción y autoría, tal como se reivindica repetidas veces a lo largo de la obra. En este sentido, pensamos que aporta valiosas propuestas de reflexión y análisis semióticos en campos muy variados. Queremos subrayar, además, el carácter de «anticipo» que constituyen, mediante una pequeña precisión cronológica: si bien este volumen ha aparecido recientemente —finales de 1987— los artículos que lo integran se presentaron como ponencias —ya lo advertíamos más arriba en el 1.º Congreso Internacional de Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid en junio de 1983. Consideramos que, en justicia, hay que reconocer no sólo el acierto de Garrido Gallardo en la selección y edición del libro, sino también su oportuna «pre-visión» al impulsar y animar la celebración de este Congreso.

Los dos últimos libros de Pozuelo Yvancos —editados en 1988— plantean el mismo estado de la cuestión pero profundizando en su raíces epistemológicas y desarrollando, al mismo tiempo, sus consecuencias críticas y metodológicas.

Como es sabido, la creación literaria y, en general, la obra artística, es un producto complejo que encierra y traduce las múltiples dimensiones de la vida humana y, además, está inscrita en el complicado entretejido de las diferentes situaciones históricas y culturales. Se origina y se desarrolla —funciona— en un circuito cambiante de intercomunicación. Sintetizando mucho, podemos afirmar que la obra literaria es un objeto estético, lingüístico y semiótico, y, como consecuencia, un hecho histórico y cultural. Este objeto material —diríamos utilizando la división escolástica— se multiplica en diferentes objetos formales, según sean las ópticas científicas de las diferentes disciplinas que la estudian. «Son muchos —advierte Pozuelo Yvancos en su *Teoría del lenguaje literario*— los lados desde los que puede estudiarse la literatura. Puntos de vista estético-generales, sociológicos, psicoanalíticos no han faltado para dar cuenta de su especificidad» (p. 9).

Pero el reconocimiento de esta realidad no impide —no debe impedir— la aceptación de otra verdad no menos cierta e importante: la especificidad de la literatura frente a otras manifestaciones artísticas y culturales, está determinada por su carácter lingüístico. Si la pintura se realiza con colores y la música con sonidos, la literatura se elabora mediante palabras pertenecientes a una determinada lengua.

Este hecho incuestionable, base y eje de los estudios literarios durante la primera mitad de nuestro siglo, a partir de las reflexiones de formalistas y estructuralistas, ha provocado una «reacción» que —al menos en ciertos casos— tiene su origen en una lectura «radical» de los formalistas.

Con este libro Pozuelo Yvancos contribuye de manera rigurosa —y esperemos que eficaz— a situar justa y oportunamente en el puesto y papel que le corresponde en el entramado de las ciencias literarias las diferentes doctrinas vigentes en la actualidad. Define con precisión el perfil propio de cada una y valora estrictamente sus aportaciones específicas. Parte de un supuesto básico: la constitución y arranque de la Teoría Literaria actual nace a partir de la identificación de su objeto propio: el lenguaje literario.

Ya en 1983 Pozuelo Yvancos había publicado una obra —*La lengua literaria*— en donde se anticipaban y esbozaban planteamientos y cuestiones que aparecen en la obra que nos ocupa considerablemente desarrollados y ampliamente sistematizados. Si en aquella ocasión se proponía como objetivo «trazar una síntesis de la relación entre literatura y lenguaje» (p. 9), ahora ha pretendido «abordar una síntesis crítica de las principales alternativas teóricas y metodológicas propuestas por la Teoría Literaria actual para dar cuenta de ellas» (p. 9). Si ya en 1983 supo hacerse eco de ciertas voces que anunciaban la crisis del estructuralismo —y más específicamente, de la noción formalista de *literariedad*— dedicando un capítulo a repasar las nuevas corrientes metodológicas, ahora examina concienzudamente cada una de ellas, estableciendo sus bases, explicando su desarrollo y sopesando sus logros y/o desaciertos. Todo ello convierte a esta *Teoría del lenguaje literario* —y no sólo por la completa bibliografía que ofrece— en un punto de referencia imprescindible para cualquier persona interesada en cuestiones de Teología Literaria.

El libro, pues, constituye un examen crítico de las respuestas teóricas y metodológicas que las corrientes actuales han dado a las cuestiones fundamentales que nos siguen inquietando: ¿Es la literatura sólo lenguaje? ¿Qué relaciones sostiene con otros tipos de conducta verbal? ¿Qué problemas metodológicos plantean y resuelven las actuales teorías?

Su análisis detallado y su síntesis sistematizada hacen posible la comprensión global y facilitan el justo discernimiento de teorías complejas y, a veces, confusas. Su reconocimiento valorativo del legado de la Retórica Clásica, fundamentalmente de la consideración inmanente del lenguaje literario y de la noción de «desvío», la precisión con que identifica el uso de este concepto por el idealismo, estructuralismo y generativismo, su revisión crítica del paradigma jakobsoniano de la función poética y de la teoría de la connotación, le sirven no sólo de marco de referencia sino también de base en la que apoya su interpretación crítica de la pragmática literaria, de la poética de la recepción y de la deconstrucción. Pozuelo Yvancos valora la significación positiva de la *poética de la lectura*, descubre sus precedentes pero señala también sus riesgos y límites, sobre todo el que puedan hacer olvidar al autor y a la obra.

Su balance de las aportaciones de la Neoretórica a la descripción de los recursos de la lengua literaria en el ámbito de la *Elocutio* y su apertura programática (en la línea de García Berrio) a la *Inventio* y a la *Dispositio*, ofrecen pistas sólidas para consolidar la Retórica como punto de encuentro interdisciplinar y como cimiento firme de reconstrucción humanística.

También aborda cuestiones de Retórica —entre otros temas— en su obra *Del Formalismo a la Neoretórica*. Con este libro, Pozuelo Yvancos —observador, partícipe activo, teórico y crítico—, se coloca en una situación privilegiada para discernir las aportaciones válidas, para identificar los aspectos positivos de todas las teorías y para mostrar cómo las sucesivas corrientes —en apariencia antagónicas— aportan visiones complementarias, integrables en una concepción totalizadora y humanista. Todo su análisis se apoya y sostiene, al mismo tiempo, el convencimiento de que el avance real de los estudios literarios no habrá de seguirse de la impugnación que los movimientos nuevos hagan de los anteriores, sino, por el contrario, acertando a incorporar las sucesivas aportaciones. El libro constituye una argumentación y bien trazada de la tesis que el autor formula en el título: que la teoría literaria debe construir su futuro «desde el formalismo a la neoretórica».

Esta obra de síntesis — en el sentido más específico del término — es resultado de rigurosos trabajos anteriores de exégesis y análisis. Basada en el examen crítico de las diferentes teorías de nuestro siglo — especialmente de los conceptos fundamentales del Formalismo — y de la verificación concienzuda en textos de nuestra literatura, pretende — a nuestro juicio — evitar que vendavales ingenuos y «reaccionarios» arranquen doctrinas sólidamente enraizadas y fecundadas en frutos.

La revisión de las categorías tradicionales de género y el diagnóstico de los riesgos que amenazan su concepción, los salva como instrumentos válidos para la descripción y los marca en una visión global del fenómeno literario.

La segunda parte, dedicada a «narratología y discurso», es la demostración práctica de su concepción circular — más bien espiral — de la labor práctica de su concepción circular — más bien espiral — de la labor crítica y teórica de análisis y síntesis que, partiendo de la lectura y pasando por la crítica, llega a la teoría y a la metateoría, y después sigue el itinerario inverso: la obra literaria como punto de partida y como meta, y la teoría como condición y, al mismo tiempo, como resultado. En esta parte muestra el concepto de situación o *pacto narrativo* en las relaciones de enunciación-recepción que se ofrece en las novelas cervantinas *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. Plantea también la posibilidad de un concepto de *focalización* entendido como matriz de la estructura narrativa, ejemplificándolo con un fragmento de la *Sonata de Otoño*, de Valle-Inclán.

Su relectura de la Rétorica, orientada por una concepción amplia, no reducida a los aspectos elocutivos — concede un papel preeminente a la *Dispositio* — y alentada por el convencimiento de un futuro esperanzador a partir de un proyecto totalizador, del análisis de los tres tipos de Neorretórica (Escuela de Bruselas, estructuralista y retórica general textual), y de las posibilidades que se abren en la actualidad con la Lingüística del Texto y la Pragmática, resulta francamente prometedora. Especialmente interesantes por su orden, claridad, fundamentación y, sobre todo, por su utilidad de los principios ordenadores de la construcción textual literaria, tanto poética como narratológica. Apoyándose en las aportaciones válidas del Formalismo, no sólo descubre las bases de cimentación sobre las que debe levantarse el edificio de una Retórica del discurso literario, sino que también diseña las coordenadas pragmáticas y semióticas que deben enmarcar una concepción dinámica de la literatura, de su teoría, de su crítica y de su historia.

Pozuelo Yvancos pretende — y en gran medida lo consigue en estos dos libros — superar, sin abandonarla del todo, una concepción «unidimensional» de la literatura centrada en la lengua (propuesta que ya planteaba García Berrio en 1977 y en la que se reafirmaba en 1984). Su argumentación se apoya en el análisis del lenguaje concebido no sólo como sistema autónomo de signos o simple espejo de los objetos, sino también como un factor integrado en un circuito comunicativo y en un conjunto de actos (Austin, Searle).

El lenguaje, tal como lo considera Pozuelo Yvancos, está encadenado a situaciones y contextos, y se apoya en un mundo cambiante. Estos dos libros centran, a nuestro juicio, el problema del lenguaje literario y representan no sólo un instrumento para diagnosticar «patologías», sino también una contribución original y renovadora a un estatuto teórico más totalizante, sólido y operativo.

Pensamos que, como ha ocurrido con Habermas en el ámbito de la filosofía, la crisis de la literariedad habrá de ser superada ahondando — como hace Pozuelo Yvancos — en las raíces que la provocaron.